



Nota del editor

Reseñamos tres discursos de eminentes médicos de la Universidad Nacional, pronunciados en diferentes celebraciones, en sus palabras se evocan aspectos de singular y emocionante contenido histórico, médico y universitario.

Palabras pronunciadas por el Dr. Carlos Sanmartín Barberi, (q.e.p.d) Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina de Colombia, con motivo de los 50 años del egreso de su grupo de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Colombia.

Santafé de Bogotá, 15 de noviembre de 1996

La única razón para que me dirija ahora a Ustedes, se debe a la amable generosidad de los organizadores de este evento, quienes me han otorgado el honor, que agradezco muy de veras, para llevar la vocería en tan memorable ocasión. Por su sostenido entusiasmo se destaca entre ellos Guillermo Navas, a él demos todos las gracias.

Hace diez años Andrés Rosselli, en memorables palabras, recordó las primeras cuatro décadas de nuestro egreso de la Universidad, y nos llevó con gran estilo, tino y humor a aquella época pasada. Volver sobre el tema me parece innecesario pues, tristemente, lo único que podría añadirse a lo que entonces dijo es el nombre de los compañeros desaparecidos en los últimos diez años.

Han ido quedando en el camino amigos inolvidables, varios de ellos de nuestros más caros afectos. Cada uno de nosotros les recuerda sin duda, pero deliberadamente no los menciono, para que no se me quiebre la voz y por el temor de omitir alguno. Para todos los

que nos han antecedido en el viaje sin retorno, pido que les rindamos unos segundos de respetuoso y evocador silencio.

Al entrar al laboratorio de fisiología de nuestra Facultad estaban al frente los relojes, los cronógrafos y otros aparatos de medición y la fotografía de un hermoso monumento de mármol con un personaje, recostado contra una roca, que, con su atuendo tradicional, observaba una heterogénea multitud que se hundía para ir desapareciendo a medida que avanzaba. Una leyenda que había debajo rezaba: *"Inmóvil e impasible mira El Tiempo la marcha incontenible de los hombres hacia la Eternidad"*.

Bien lo dijo Ronsard en uno de sus enamorados sonetos: *"... Le temps non, mais nous nous en allons..."*, traducido felizmente por Andrés Holguín: *"...Se va el tiempo, mi amiga... más no es cierto: /somos nosotros, ay! Los que nos vamos..."*.

Viene ahora a la memoria aquel hermoso pasaje de Lord Dunsany -, maestro de la prosa inglesa- cuando en uno de sus libros, *A Dreamer's Tales* se refiere a los extraviados guerreros de Kamorak, que seguían buscando la ciudad amurallada de Carcasona: *"Ya se les había blanqueado la barba y habían viajado muy lejos y arduamente. Y les había llegado la hora, cuando el hombre, descansando de sus penalidades, sueña adormilado, más con los años que se fueron que con los que han de venir..."*.

Cuando Marco Tulio Cicerón escribió *Pro Senectute*; Miguel Antonio Caro el bello soneto de igual nombre; Rafael Pombo el hermosísimo *De Noche*; Lucio Anneo Séneca sus reflexiones sobre el paso de los años, eran todos ellos

bastante menores que cualquiera de nosotros. Recordemos también que Shakespeare en su famoso segundo soneto se refiere a los cuarenta años de vida diciendo: *"When forty winters shall besiege thy brow.."* etc., pues para aquella época ésa era edad avanzada y afortunadamente la hemos sobrepasado con creces.

En el polémico prólogo de la segunda parte de *El Quijote* hay una frase de Cervantes que a todos nos gustaría creer que es cierta: *"y hase de advertir que se escribe con las canas sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.."*. No sé ...

Es indudable que el que nos reunamos ahora los compañeros egresados hace medio siglo de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, se debe, en gran medida, a los progresos de nuestra profesión. Varios de los presentes nos hemos beneficiado ya personalmente de tales adelantos o lo seremos algún día.

Somos una generación que inició su carrera profesional cuando comenzaba la Segunda Guerra Mundial y que vivió el fin de la misma con el nacimiento de la Edad Atómica.

Nos tocó ver, entre incrédulos y asombrados, la guerra relámpago, el avance incontenible de las fuerzas alemanas y la inconcebible y deliberada crueldad nazi. Qué no decir del pavoroso Holocausto y de los dantescos campos de concentración y exterminio!

Infelizmente hubo dentro de los médicos alemanes quienes por convicción, morbosa curiosidad, o temor, se prestaron a experimentar en seres humanos. Mencionaré apenas el caso de Sauerbruch, quien siendo posiblemente el cirujano más notable y prestigioso de Europa no protestó y se

limitó a opinar acerca de los resultados comparativos de ciertos ensayos. Creo que nunca entenderemos el comportamiento de aquellos que olvidándose de los deberes de nuestra profesión participaron en esas crueldades.

Recuerdo que cuando en la primavera de 1940 Alemania invadió a Bélgica, fui con mi amigo y compañero de infancia, José María Durán, a ofrecernos como voluntarios a la representación de ese país. El rápido colapso y la capitulación del ejército belga pusieron fin a nuestro juvenil y romántico plan.

La docencia que recibíamos, los conocimientos que adquirimos y que han conformado la médula de nuestro ejercicio médico, han experimentado transformaciones tan radicales que a veces no las entendemos a cabalidad pues carecimos de los conocimientos básicos en física y química para comprenderlas a fondo. Hoy gran parte de nuestro arte se ha tornado ciencia: la biología, la genética, la inmunología, la bioquímica, etc., se mueven hoy a nivel molecular y aún atómico.

¿Cuáles han sido a mi entender los avances más significativos, inclusive los del campo médico, de estas cinco décadas? Como el tema es tan vasto he de ser muy corto en mi exposición. En biología se hizo el descubrimiento más trascendental del siglo: la estructura helicoidal doble del ácido desoxirribonucleico (DNA.) por Watson y Crick, que fueron galardonados con el premio Nobel. El año de 1954 lo pasé en el Instituto Rockefeller y allí tuve la oportunidad maravillosa de asistir a la conferencia en que Crick, invitado desde Inglaterra, presentó el hallazgo y enseñó, hecho con cartulina, el modelo de la configuración helicoidal del DNA. Nada menos!!

En neurología se destaca el trabajo sobre la hidrocefalia con presión normal. La idea ha recorrido el camino desde la postulación de la teoría; la interpretación de la dinámica del líquido cefalo-raquídeo; la patología subyacente

y los resultados del tratamiento del síndrome.

En oftalmología están la cirugía de córnea; la operación de catarata con implantación de cristalino intra-ocular; la cirugía de retina.

En otología, la timpanoplastia, la cirugía del oído medio, el perfeccionamiento de las ayudas auditivas y recientemente los implantes cocleares.

En cuanto al sistema circulatorio: los puentes coronarios; las válvulas y angioplastias; el cateterismo cardíaco y la exploración de la hemodinámica del corazón acompañada del estudio de los gases arteriales; los reemplazos aórticos. Recordemos que cuando éramos estudiantes la electrocardiografía tomaba apenas tres derivaciones, que hoy ya son doce.

Al iniciarse las cinco décadas que conmemoramos se descubre la penicilina y con ella comienza la era de los antibióticos.

También corresponde a esta época el conocimiento avanzado sobre los corticoesteroides, que constituyen fármacos de trascendental importancia.

En el campo de la salud mental está el desarrollo de los modernos psicofármacos.

Los trasplantes de órganos, de alguna manera relacionados con las ideas de McFarlane Burnet sobre inmunología, han despertado grandes expectativas y dentro de ellos se destaca indudablemente el de riñón, que ha servido con éxito para prolongar la vida de enfermos, que de otra manera hubieran perecido.

Los progresos de la anestesia han sido también notables y han permitido intervenciones quirúrgicas que antes no se intentaban por sus riesgos, entre ellas, por ejemplo, las escalofrantes operaciones de la cirugía torácica.

Las imágenes diagnósticas han llegado a fronteras insospechadas. Ya no son

sólo los rayos X, hoy contamos con el ecograma, la tomografía axial computarizada, la resonancia nuclear magnética.

Un hito importantísimo en microbiología y más concretamente en virología fue el hallazgo de Enders, Weller y Robins, que al comienzo de los años cincuenta mostraron que era posible utilizar cultivos celulares para la propagación de los virus, entre ellos el de la poliomielitis. Su descubrimiento, que les valió el premio Nobel, permitió conocer la epidemiología de la enfermedad de Heine-Medin y obtener una vacuna efectiva para ésta y otras infecciones virales.

Hoy la poliomielitis está prácticamente eliminada de vastas regiones. En Europa y América, gracias a campañas de vacunación, hace varios años que no se presentan casos y es posible que en corto tiempo se logre lo mismo en el resto del mundo.

No hace mucho pregunté a mi buen amigo Jaime Quintero Esguerra, cuáles eran para él los avances más destacados de las últimas décadas en el campo de su especialidad. Creí que me iba a mencionar las artroplastias, los reemplazos de cadera y rodilla, la cirugía de mano. Sin embargo su respuesta fue rápida y sin vacilación: *"la vacuna contra la poliomielitis, pues gracias a ella se acabaron las tremendas secuelas permanentes que nos llevaban a tratar a sus víctimas con métodos ortopédicos y quirúrgicos cuyos resultados, casi siempre, eran apenas paliativos."*

Hasta hace pocos años el diagnóstico virológico solía ser de interés académico y epidemiológico, pues cuando los resultados estaban disponibles, el paciente estaba recuperado, con o sin secuelas, o había fallecido. Hoy gracias a los modernos métodos, entre los que se cuentan la reacción en cadena de la polimerasa y las sondas de ácidos nucleicos, es posible contar con información, a veces, en pocas horas.

En el laboratorio clínico, incluyendo la microbiología, se destacan las pruebas inmunoenzimáticas, con su enorme variedad, que permiten diagnósticos rápidos y certeros.

Un gran invento fue el de los hibridomas hechos por Koller y Milstein que recibieron el Premio Nobel. Su idea fue fusionar (hibridizar) linfocitos con células de linfoma. Los primeros, que son de corta vida, aportan la producción de anticuerpos y las segundas su inmortalidad. Así se logró la producción de anticuerpos monoclonales, de absoluta especificidad, que hoy hacen posible distinguir antígenos, que antes, por su cercanía inmunológica, eran inseparables.

Uno de los más avances, por su significado social, demográfico y humano, ha sido la popularización de los programas de control de la población. Gracias a ellos las parejas hoy pueden decidir el tamaño de la familia y darle, más que todo a la mujer el derecho inalienable de conocer su cuerpo y su fisiología y tomar, por sí misma, el camino que va a seguir. En Colombia el líder de tal campaña ha sido amigo y coetáneo absoluto; pero por su modestia y aversión a la vanagloria y a la publicidad no mencionaré su nombre, pero todos sabemos a quien aludo.

1979 fue un año histórico, pues tras años de cautelosa observación en todo el mundo, la Organización Mundial de la Salud declaró erradicada la viruela, gracias a la decisión política y administrativa para emprender la vacunación masiva de la población del planeta. Fue necesario que transcurrieran 180 años del descubrimiento de Edward Jenner en 1797 para que se cumpliera su convicción de que con su descubrimiento del cowpox o vaccinia, tan temida enfermedad podría ser dominada algún día.

En cuanto a la cancerología el avance más notable ha sido el desarrollo de la quimioterapia.

Entre un médico del siglo XVIII y otro de mediados del XIX no había gran

diferencia. Pero para aquellos del último cuarto del siglo pasado, entre los que se contaba mi abuelo Roberto Sanmartín Hinestrosa, amaneció la época de la micro-biología con Louis Pasteur y Robert Koch.

Entre mi abuelo y mi padre, también médico, no creo que hubiera divergencias fundamentales y entre éste último y lo que yo fui, cuando era estudiante, tampoco.

Otra cosa son, sin embargo, las que existen entre nuestra generación y la que nos sigue con nuestros hijos médicos. Es una distancia tal la que nos separa que, al menos a mi, me produce una sensación vertiginosa, similar a la que me causa la cibernética que avanza de día en día en sus increíbles logros.

Las guerras, con todos sus desastres, suelen traer consigo avances técnicos y científicos que luego sirven para fines benéficos. La última, desarrolló el radar, el sonar, la televisión, la aeronáutica de propulsión a chorro, y la coherencia cuyo fabuloso desenvolvimiento permitió que el hombre pudiera vencer la fuerza de la gravedad.

Así llegó a circundar la tierra; a hollar con su pie nuestro satélite; a colocar sofisticados equipos exploradores en otros planetas del sistema solar y conocer de manera asombrosa a Júpiter, Saturno y sus anillos y satélites.

Hoy cumplida su misión inicial estos viajeros espaciales enviados por el hombre siguen hacia la inmensidad inconmensurable del universo al cual se refirió Pascal, en corta y certera frase que nunca perderá su vigencia: “ *El silencio de esos espacios infinitos me aterra*”.

Hoy está a la orden del día el tema de las enfermedades emergentes. Se trata de las que realmente son nuevas o de aquellas que están surgiendo, cuando se las creía dominadas o en vía de desaparecer.

Entre las que indudablemente son de reciente aparición está en primera línea el SIDA. También las enfermedades hemorrágicas africanas como Ebola, Lassa, Marburg; las americanas como la boliviana por virus Machupo; la argentina por virus Junin y recientemente la venezolana por Guanarito. Igualmente las producidas por virus Hantaan como la fiebre hemorrágica de Corea y casos similares en los Estados Unidos. Aquí podría uno mencionar el dengue hemorrágico.

Entre las que están resurgiendo con preocupante agresividad está la tuberculosis, no solo por su asociación con el SIDA, sino por la aparición de cepas multiresistentes. El cólera ha vuelto a ser de gran importancia. La leptospirosis ha vuelto a surgir en el Caribe. Las leishmaniasis cutánea y visceral están lejos de ser controladas y aún carecemos de tratamientos realmente eficaces para ellas.

Preocupante de igual manera es lo relativo al paludismo o malaria a nivel mundial, pues sigue siendo una de las mayores causas de morbilidad y mortalidad. Hoy, cien años después de conocerse su epidemiología, hemos visto frustradas las esperanzas de hace cincuenta años de que los insecticidas residuales como el DDT pudieran combatir con éxito a los vectores; sin embargo los anofelinos desarrollaron resistencia a tales insecticidas que han perdido su efectividad. Algo similar aconteció con los plasmodios; especialmente el falciparum que con su astucia biológica se ha hecho refractario a drogas que llegamos a creer lo eliminarían o lo mantendrían a raya; inclusive la quinina ya no es completamente efectiva y debemos recurrir en ocasiones a tratamientos combinados para tener éxito.

Es así como tenemos que reconocer que la única manera de actuar contra la malaria radica en evitar que el anofeles infectado pique al huésped susceptible. A comienzos del siglo se mostró la efectividad de atacar el vector en sus

criaderos con medidas de ingeniería sanitaria como el drenaje de los pantanos y charcos; la desecación por relleno de los mismos; la petrolización de los criaderos. El empleo de toldillos o mosquiteros (ya mencionados por Herodoto cuatrocientos años antes de Cristo); la colocación de anejo metálico en las habitaciones; el tratar de evitar la exposición a los vectores en las horas de su mayor actividad; la utilización de repelentes.

Hace ya 90 años que Gorgas en Panamá y Cuba; Chagas y Cruz en el Brasil demostraron la enorme efectividad de tales métodos y hoy, a fines del siglo, esos principios siguen siendo ciertos y vigentes.

Muy recientemente en el África se ha experimentado, con muy favorables resultados, el empleo de toldillos impregnados con repelentes de gran estabilidad y persistencia.

Cuando en Colombia el Ministerio de Salud y las autoridades sanitarias se refieren a las enfermedades, especialmente las infecciosas, en términos de frecuencia, tasas de incidencia, morbilidad, mortalidad, etc., surge la duda sobre la certeza, siquiera aproximada, de lo que en realidad acontece, pues en el 60% del territorio de la nación, por razones que todos conocemos, no sabemos que está sucediendo.

He querido, ante tan selecta audiencia presentar en corto tiempo lo acaecido en los últimos cincuenta años. Indudablemente la rememoración ha sido incompleta pero creo haber dado una visión aproximada de los adelantos médicos más notables.

Deliberadamente he dejado para el final lo más importante: el reconocimiento agradecido a nuestras esposas. Ellas han sido nuestras compañeras de las horas felices y de las tristes y amargas; las

madres de nuestros hijos, gracias a las cuales, y a nuestros nietos, hoy tenemos la tranquilidad de que, al menos, por dos generaciones, nuestro código genético aún perdura. Para todas y cada una un aplauso muy sincero, emocionado y fervoroso.

Palabras del Dr. Guillermo Navas Angel, el día 15 de noviembre de 1996, para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la Promoción Médica de 1946.

La culminación de este encuentro de compañeros y colegas exige, de los organizadores, una calurosa manifestación de agradecimiento por la acogida dispensada a nuestra iniciativa. La principal cualidad que distingue a este grupo es el profundo sentido de la amistad y de la solidaridad.

La primera vez que nos reunimos fue a finales del gratamente recordado 1946, en un agasajo ofrecido por los Laboratorios Winthrop en el Campo Villamil, donde degustamos deliciosa fritanga y productos de Bavaria. Hubo un concurso sobre temas médicos y farmacéuticos, premiado con uno o dos fonendoscopios, uno de los cuales, creo recordar, fue ganado por **Humberto Roselli**.

La segunda ocasión fue a los veinte años, en 1966, en nuestro consultorio, y se aprobó una nueva reunión en el Club Médico. La hicimos con una asistencia de más o menos 30 compañeros, con mucha alegría y deleite por el concierto de piano de **Ciro Jáuregui**. Recuerdo que al día siguiente, después del medio día, recibí la llamada de tres esposas que me preguntaron como habíamos pasado la noche y cual era el paradero de sus cónyuges.

El tercer encuentro fue en 1971, cuando la Federación Médica Colombiana

reunió a los de cincuenta, cuarenta y veinticinco años, en una sesión muy solemne en el Auditorio del Hospital Militar Central. Éramos entonces los jóvenes y recibimos sendos diplomas. Al salir fuimos al Club de ASDOAS y al día siguiente al Club El Rancho.

En esa ocasión y luego, en los cuarenta años, y ahora, cuando somos los maduros, los añosos, que no los caducos, hemos actuado en la organización con **Eduardo Arévalo Burgos**, asesorados por una comisión de compañeros que han hecho posible esta grata comunión de espíritus. Muchas gracias por haber atendido a nuestro llamado.

Como detalle personal mío, quiero hacer, con su venia, un público, reconocimiento a mis benefactores, que suplieron la carencia económica de mi familia en las matrículas de los dos primeros años de estudios y, ala Facultad de Medicina que me concedió una beca y luego, una exención de matrículas. Rindo tributo emocionado a compañeros de Colegio Antonio Nariño y de la Universidad Nacional; a **Blas Buraglia Díaz, a Edgar Burbano Pérez, Jaime Danies Lacouture, Víctor Shattah Mishan y Hernando Taylor**; a los Profesores **Jorge Cavelier, Antonio María Barriga Villalba, a Doña Leonor de Francisco de Huertas**, esposa del Profesor **José Vicente Huertas**, a familiares como **Alfredo Laverde Ángel y Julio Navas Venegas** y al representante en el Consejo Estudiantil **Julio Barrera Saba**.

A ellos todos, unos vivos y otros muertos y, por sobre todos, a Dios, les agradezco que me hayan permitido el inmenso honor de celebrar con ustedes los Cincuenta años de ser Médico de la Universidad Nacional de Colombia.

*Guillermo Navas Ángel
Noviembre 15 de 1996, Bogotá.*

Palabras pronunciadas por el Ex-decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, Dr. Alfonso Vargas Rubiano, el día de su recepción como Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina

Santa Fe de Bogotá, mayo 8 de 1997

Señor Presidente, Colegas Académicos:

Quiso mi buena suerte, que a finales del año anterior, cuando recibo la honrosísima designación de Académico Honorario, estuviera teminando mi nuevo libro histórico “Los Vargas en la Cultura Médica Colombiana”; que unos días antes, la promoción 1965-71 de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional - al conmemorar 25 años de su grado y reunidos en Acto Académico-Cultural- aceptaran la invitación de su vocero Manuel Elkin Patarroyo de que, “puestos de pie produzcamos un fuerte aplauso al Decano y Profesores de nuestra época”. Y como si estas satisfacciones fuesen pocas, el día 21 de Diciembre, mis 7 hijos y 12 nietos, nos ofrecen a Amalia y a mí, el más grato homenaje, con motivo de 50 años de feliz vida matrimonial.

En mi lejano pasado -también en los dorados diciembres- obtenía el anhelado grado de Bachiller del Colegio de Boyacá (1936); en el 44, el Doctorado de Medicina; en el 45, era admitido en la Sociedad Colombiana de Pediatría; en el 46, formamos con Amalia el hogar Vargas del Valle y en el 50, lograba el Profesorado en mi Facultad. Todos estos momentos triunfales eran la culminación de un gran esfuerzo y el logro de las metas que cada uno se forma en la vida.

Pero, hay otras satisfacciones quizás más valiosas -por recibirse espontáneamente de los compañeros de labores: los colegas de la Sociedad de Pediatría me honran en el 54 y 65 con la Presidencia de la entidad; en el 58 los profesores me eligen como su vocero ante el Consejo de la Facultad, y las

directivas universitarias me confían la organización del Departamento de Pediatría y luego el Vicedecanato y Decanato, en el crucial quinquenio 67-72.

Más recientemente -ya en la década de los 80 -recibo de mi Alma Mater el Profesorado Honorario de Medicina, y mis compañeros de la Asociación de Exalumnos de Medicina de la Universidad Nacional (AEXMUN) y de la Sociedad de Pediatría, me enaltescen también con la categoría de Miembro Honorario. Al publicar el libro “Universidad Nacional y Pediatría Colombiana” (1994), la Asociación de Médicos del Hospital de la Misericordia me otorga la distinción TODA UNA VIDA, “Por sus extraordinarios aportes a la Pediatría colombiana, a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional y al Hospital de la Misericordia”.

Estoy plenamente consciente de que todo lo anterior ha provenido de mi familia, de mis discípulos, y de compañeros con quienes compartí tantos años de labores. Lo mismo pienso de la Academia Boyacense de Historia, al galardonarme, en 1985, quizás por mis numerosos artículos en “El Espectador” de Bogotá y “Repertorio Boyacense” de Tunja, acerca de los valores humanos y culturales de mi Departamento.

El jefe de hogar, el médico pediatra, el educador, y el escritor de temas históricos, ha sido, creo yo, exageradamente homenajeado.

Y ahora, es la centenaria institución que siempre ha representado la dignidad de la profesión médica, la que me considera merecedor de la alta distinción que hoy recibo. Por eso he estado meditando en mi largo pasado profesional y -a manera del **Juicio de Residencia** a que eran sometidos los funcionarios coloniales para examinar lo actuado en su mandato- he estado revisando cuidadosamente las seis décadas de mi vida -contadas desde el día en que, como orgulloso “primíparo” en 1937- llegaba al viejo edificio del Parque de Los Mártires, hasta hoy.

Esta anamnesis, igual que en la diaria clínica -por ser mucho más prolija en medicina infantil- forma en el pediatra una vocación de historiador, a lo cual hay que agregar que quienes en el profesorado asumimos la enseñanza del tema Crecimiento y Desarrollo, nos impregnamos de un criterio de dinamismo evolutivo, esencia de la cultura pediátrica. Desde que comencé a escribir historia, me di cuenta de esta tendencia “auxológica” en el análisis del pasado, no solamente como testimonio de lo pretérito sino “como explicación del presente y advertencia de lo porvenir”, según la inmortal definición cervantina de la Historia. Al presentar mi libro de “Andalucía a Boyacá” advertía que mi vocación de historiador no era tardía, ni que yo ahora tenía una nueva profesión, sino que simplemente ahora disponía de tiempo para escribir, con un criterio personal ya formado.

En el “Papel Periódico Ilustrado” (Enero 1 de 1884) escribe el médico y político santandereano Germán Vargas Santos, el esbozo biográfico de ANTONIO VARGAS REYES, del cual tomo lo siguiente: “Después de que se fundaron las Academias en Europa, fue que se concibió la idea de honrar a quien era útil a sus semejantes, sin ser poderoso y ya comenzó a escribirse la vida de aquellos que se ocupan de hacer todo el bien que pueden. Antes de las Academias, las biografías y los panegíricos no existían sino al pie de los tronos, en los gabinetes de los ministros, sobre los campos de batalla de los conquistadores, sobre la tumba de los poderosos, fueran virtuosos o culpables, útiles o perjudiciales a la Patria. Los sabios y los hombres de letras eran olvidados. Tan solo se recordaban y admiraban los triunfos de la fuerza”.

Afortunadamente, en este siglo, Alfonso Bonilla Naar logra encontrar en el Fondo Pineda de la Biblioteca Nacional los ejemplares del periódico médico “La Lanceta” y comienza a interesarse por la vida de Antonio Vargas Reyes y en 1973 nuestro Vicepresidente Profesor Roberto de Zubiria, publica su

excelente libro sobre Antonio Vargas Reyes, con lo cual empieza a rescatarse del olvido a este gran médico y educador colombiano del siglo XIX.

Tres Vargas en las etapas prenatal y neonatal de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales (1850-1873)

Como antecedentes prenatales de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales, que comenzó a vivir en Enero de 1873, se encuentran la aparición del periódico "La Lanceta" (1852) dirigida por Antonio Vargas Reyes y Antonio Vargas Vega; la formación en el 64 de la Escuela Privada de Medicina, y la expedición de la ley 66 (22 de Septiembre de 1867), lograda en el Congreso por los Representantes por Santander, médicos Manuel Plata Azuero y Antonio Vargas Vega, por medio de la cual se creó "La Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia"; y la organización en 1872, de la Academia de Ciencias Naturales.

Ya en el periodo neonatal, se registra a los pocos meses el fallecimiento del académico Antonio Vargas Reyes a quien se puede con justicia considerar como el precursor. Se encuentra en "Cronología Histórica de la Academia Nacional de Medicina", libro preparado en la Presidencia de Efraín Otero Ruiz, con los datos del historiador Humberto Cáceres, que el primer libro llegado a la naciente biblioteca de la Sociedad fue el del Dr. Próspero Pereira Gamba, quien reunió en un Tomo llamado "Trabajos Científicos del Dr. Antonio Vargas Reyes" toda la producción científica de quien fuera "el más importante cirujano de la América Latina en el siglo XIX" según Alfonso Bonilla Naar.

El Dr. Jorge Vargas Nieto, también médico santandereano, primo de Vargas Reyes y tío de Vargas Vega fue el primer médico designado como Miembro Honorario de la Sociedad y Presidente Honorario del Primer Congreso Nacional de Medicina de 1893.

Antonio Vargas Vega, también fue de los fundadores y primer Rector Encargado de la naciente Universidad Nacional, de la cual era Rector en propiedad de la Escuela de Literatura y Filosofía de la misma, siendo Antonio Vargas Reyes Rector de la Escuela de Medicina.

Por otra parte mi bisabuelo paterno el médico David Torres Solano, fue designado como Miembro Corresponsal de la Sociedad en el Estado Soberano de Boyacá y encargado de organizar la Sociedad de Medicina en su Departamento. Al fallecer en 1879, según el historiador Ibáñez, se consideró su muerte como un duelo para la medicina colombiana. Uno de sus nietos fue el Profesor y Académico Calixto Torres Umaña, padre del Profesor Fernando Torres Restrepo, miembro activo de nuestra Academia y eminente investigador en Neurofisiología de la Universidad de Minnessota.

Devoción por el estudio del pasado

1. El tercer número de la Revista de la Sociedad (1883), fue dedicado en su totalidad a estudios relacionados con el Libertador, con ocasión del primer centenario de su nacimiento.
2. En 1890, el Presidente de la Academia Manuel Plata Azuero, al presentar su libro "Terapéutica General y Especial", le pone como fecha "20 de Julio, año 80 de la independencia".
3. Se prepara con motivo de los 400 años del descubrimiento de América el Primer Congreso Médico Nacional.
4. En 1910, se realizan las Sesiones Científicas del Centenario.
5. En 1919 se celebra en Tunja el Cuarto Congreso Médico Nacional para conmemorar el Centenario de la Batalla de Boyacá.

Este culto por nuestras efemérides patrias lo he compartido plenamente y por eso en 1967 con el Académico Andrés Soriano Lleras organizamos en

la Facultad de Medicina un ciclo de conferencias para conmemorar el Primer Centenario de la Fundación de la Universidad Nacional. En este participaron los Académicos: Héctor Pedraza con el tema "Los Fundadores de la Facultad"; Humberto Roselli sobre el "El Dr. Gualberto Gutiérrez médico de Antonio Nariño"; y Roberto de Zubiria con la "Biografía de Dr. Antonio Vargas Reyes".

Iniciamos en el mismo año la Conferencia anual Pedro María Ibáñez, en memoria del gran historiador del siglo pasado con el siguiente desarrollo:

- 1967 "El pensamiento científico de Mutis", por el Dr. Max Olaya Restrepo;
- 1968 "Las enfermedades del Libertador", por el Dr. Oscar Beaujon, de Caracas;
- 1969 "Los estudios de Medicina en Santafe en la Época de la Independencia", Dr. Humberto Roselli.
- 1970 "La ginecología en Colombia" por el Dr. Fernando Sánchez Torres
- 1971 "La cirugía precolombina" por el Dr. José Mora Rubio.

Al celebrarse el sesquicentenario de la Independencia escribí en la Revista Unidia en la edición de Agosto de ese año "La medicina en las dos primeras décadas del XIX" "Es nuestro homenaje a los médicos que participaron en los grandes acontecimientos de nuestra emancipación y aporte al estudio de la evolución científica colombiana".

Cooperación en el ejercicio de la medicina

El primer número de "La Lanceta" (Julio 1852), pregona los siguientes objetivos:

- a. Establecimiento de una medicina nacional;
- b. Destruir las rivalidades entre los que profesan el arte de curar;
- c. Fomentar el interés por los temas

científicos ya que en Colombia todos se preocupan casi exclusivamente en la lectura de las hojas políticas

- d. Mantener al corriente a sus lectores de los descubrimientos nuevos que se hagan en Europa y en los Estados Unidos.

En 1873 la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales define como uno de sus objetivos “darle unidad al ejercicio profesional en Bogotá y después en el resto del país”.

En 1947 nos unimos 17 médicos para fundar la “Unidad para Diagnóstico y Tratamiento” (“Unidia”), con los siguientes objetivos:

- Facilitar el diagnóstico de los pacientes, por medio de una organización profesional trabajando en colaboración.
- Intensificar el desarrollo científico del ejercicio civil.
- Tender a inquietar nuestro medio profesional por medio de publicaciones médicas, reuniones, conferencias científicas etc.

En el Editorial de su Revista (Abril 1953) expresé lo siguiente: “La aparición de este tercer número de “Unidia” coincidirá cronológicamente con el traslado de sus dependencias a su Edificio de la Carrera 12 No. 20-69. Tanto la Revista como el Edificio son realizaciones que han sido posibles únicamente por la cooperación entre un grupo de médicos; sí los 17 socios fundadores sentimos la satisfacción de haber cumplido un gran esfuerzo, nos damos cabal cuenta también -y este es nuestro cordial mensaje de hoy a nuestros colegas de Colombia- de las grandes conquistas de todo orden que se pueden lograr, si las capacidades humanas de los médicos se aplican en el mismo sentido y no en estériles esfuerzos aislados y en veces antagónicos.

Academia y Facultad de Medicina de la Universidad Nacional

1883.-El Académico Ministro de

Instrucción José Vicente Uribe y el Rector y Académico Liborio Zerda, trasladan la sede de la sociedad al Salón Rectoral de Santa Inés.

1912.-El Académico y Rector Luis Cuervo Márquez consigue con el Gobierno Nacional que se le entregue la “Quinta Segovia” para construir el edificio de la Facultad de Medicina, labor que continúa el nuevo Rector, Académico Carlos Esguerra, lográndose dar al servicio una parte, el 20 de julio de 1918.

1926.-El Académico y Ministro de Instrucción José Vicente Huertas traslada la sede de la Academia al nuevo edificio de la Facultad de Medicina en el Parque de Los Mártires.

Si en lo material compartimos el mismo Edificio hasta 1951, también la casi totalidad del profesorado pertenecía a la Academia. Cuando en **1919**, Miguel Jiménez López ocupa el sillón académico de Pedro María Ibáñez, Juan N. Corpas el de Liborio Zerda, y Abraham Salgar el de Gabriel J. Castañeda, me parece que es como la despedida del siglo XIX, y el inicio del siglo XX, en nuestra medicina.

1912.-Los antiguos profesores de la llamada “Clínica Obstétrica e Infantil”, (que estuvo unificada hasta 1898) Profesores Leoncio Barreto, José María Buendía y José Ignacio Barberi son nombrados Miembros Honorarios de la Academia.

1928.-Visita La Facultad, con el objeto de estudiar su funcionamiento una misión francesa encabezada por el Decano Henri Roger, y los Profesores Latarjet, Tavernier y Durand.

1948.-El Profesor norteamericano George H. Humpreys, encabezó la Unitarian Medical Mission, que en el trimestre final de ese año evaluó la enseñanza de la medicina y la asistencia hospitalaria en Colombia. De esta misión formaron parte profesores de Patología, Pediatría, Medicina

Preventiva, Siquiatría, Farmacología y Anestesiología.

La Academia Nacional de Medicina al declarar también Miembros Honorarios a los Profesores visitantes siguió demostrando su estímulo al progreso de nuestra educación médica.

Academia y Pediatría

a. Los académicos Gabriel J. Castañeda y Manuel Plata Azuero, en el siglo pasado; José Ignacio Barberi y Calixto Torres Umaña en el presente, son “Los cuatro grandes Maestros del pasado” y a cada uno de ellos le dediqué un capítulo en mi libro **Universidad Nacional y Pediatría Colombiana** (1994).

b. En la presidencia del Profesor Gonzalo Esguerra Gómez, la Academia decidió vincular de manera efectiva, a las ya numerosas sociedades científicas de Bogotá, a sus labores, para lo cual nombró como Académicos Asociados a los Presidentes de las respectivas Sociedades. Me correspondió como Presidente en ese momento de la Sociedad de Pediatría una sesión conjunta de nuestras dos entidades la cual titulé “15 años de estudio de la Auxiología del niño colombiano”. Al final expresé los siguientes conceptos: “La Sociedad Colombiana de Pediatría, con la colaboración del Instituto Nacional de Nutrición y el decidido apoyo del Departamento de Pediatría de la Universidad Nacional, esta poniendo en práctica un modelo original para la mejor evaluación del crecimiento y desarrollo de nuestros niños. Por esta razón, tanto la Sociedad de Pediatría como la Facultad presentan con gran orgullo ante esta Academia estos programas de trabajo en que están empeñados, para cumplir con su filosofía básica de buscar el menor conocimiento y por consiguiente la menor protección social de nuestro capital humano en edad evolutiva”.

c. El tema científico escogido por la Academia para la celebración de su

primer Centenario (1973), fue el de Problemas de la Adolescencia.

“La medicina un estudio para toda la vida”

Al producirse el cierre de mi viejo consultorio en Unidia, el Académico, periodista y, en ocasiones poeta, Juan Mendoza-Vega, me escribía:

*“Otro rige el timón y fija el rumbo;
El viejo navegante puede ahora dedicarse a soñar,
mientras contempla el cabrilleo del sol frente a la roda;
confía en la mano que, hacia el horizonte, lleva firme la proa,
y al unísono vibran el cordaje, su corazón y el viento”.*

Pero cuando evidentemente el viejo navegante comenzaba a soñar, pero en el sentido que Borges plantea cuando dice: ¿Qué diferencia puede haber entre recordar sueños y recordar el pasado?, recibo la copia del trabajo de Alfonso Vargas del Valle, “Endocrine Changes in Malnutrition”, escrito como capítulo del Text Book of Pediatrics Nutrition, creí de gran importancia su traducción al español y su divulgación entre nosotros dada la

trascendencia científica y social del tema.

Dediqué numerosas semanas con ayuda del Dorland’s Medical Dictionary a la versión a nuestro idioma, y con la autorización de los editores del Text Book of Pediatrics Nutrition, se publicó en Temas de Pediatría de Diciembre de 1992, en cuyo prólogo escribí lo siguiente:

Su lectura atenta, además del gran orgullo paternal comprensible, me actualizó en la profunda fisiopatología y bioquímica de la destrucción - concebida ahora como síndrome general de adaptación-, trajo también a mi retiro médico, el recuerdo de la evolución conceptual, que en nuestro medio, han tenido la patología de la nutrición y la endocrinología, desde mediados de la presente centuria.. Ciertamente estos recuerdos personales y los conceptos del Dr. Enrique Enciso (1919) y del Profesor Torres Umaña (1954), ubican a nuestra medicina de mitad del siglo en la etapa que Jean Bernard denomina Revolución Terapéutica, iniciada por el descubrimiento de las sulfamidas, que aunque obtuvo éxitos curativos seguía siendo incompleta y empírica. Tan sólo

en la década de los ochenta la medicina inicia la Revolución Biológica que comienza a transformar el razonamiento médico, introduciendo el estudio de las modificaciones químicas y cambios de ordenamiento molecular responsables de la enfermedad”, concluye el Académico francés Jean Bernard.

“Finalmente quiero decir a los colegas colombianos, especialmente a los más jóvenes, que confío que este repaso histórico de algunos aspectos de nuestra medicina nacional, deba hacerles meditar en el largo camino que la ciencia debe recorrer para su constante perfeccionamiento ideológico, en el cual lo cognoscitivo cambia, pero realmente, la medicina -empírica o científica- deberá seguir siendo el anhelo humanitario de llevar la salud a todos los niveles sociales y en todos los países del orbe”.

Señor Presidente:

Estoy muy orgulloso, aunque abrumado, de que el nombre de un viejo educador, que ejerció su profesión con profundo sentido de la ética y de la estética, sea inscrito ahora en la muy honrosa compañía de los Académicos del pasado y del presente. Mil gracias.